2ª semana de Adviento. Lunes: Lc 5, 17-26

Jesús aprovechaba cualquier ocasión para predicar la palabra de Dios. A veces era en el campo o por la montaña o junto al lago. Hoy lo hace dentro de una casa porque descolgaron del techo al enfermo. No nos dice qué casa era; pero san Marcos, que era secretario de san Pedro, nos indica que era precisamente la casa de Pedro y Andrés en Cafarnaún. La gente comenzó a entrar en la casa, pues querían escuchar a Jesús. No todos eran gente sencilla, Había también fariseos y doctores de la Ley. Habían venido de Jerusalén para inspeccionar lo que Jesús hacía y decía. Estaba la casa llena de gente; pero había cuatro hombres llenos de fe que a toda costa querían hacer llegar a un paralítico ante Jesús. Y como no podían entrar por la puerta, pensaron entrar por el techo. No era del todo muy difícil, pues solía haber una escalera externa que daba a una terraza y podían ir quitando las losetas de pizarra o las tejas, para desde allí descolgar al enfermo. Jesús quedó admirado por la fe de aquellos hombres.

Ellos, juntamente con el enfermo, buscaban la salud del cuerpo y sin embargo lo primero que encontraron fue la salud del alma. Esto pasa con mucha frecuencia en los santuarios y en otras ocasiones por la oración. Cuando uno pide a Dios con mucha fe una gracia material, como puede ser la salud corporal, suele suceder que no se consigue esa gracia (quizá en ese momento no nos convenga), pero, si la fe ha sido verdadera, sale muy reforzada con una gracia interior, que vale mucho más que la gracia externa.

¡Qué vería Jesús en el corazón de aquel enfermo cuando le dice lo primero: “Tus pecados te son perdonados”! Es posible que aquel enfermo tuviera un sentimiento de culpabilidad, ya que solían decir que la enfermedad provenía de algún pecado. Jesús, aunque no lo admitía, se fijó en la fe para curarle el alma antes que el cuerpo.

No sólo se fija en la fe del paralítico, sino en la de sus amigos que le llevaron. Nos quiere decir que la gracia como el pecado tiene un sentido social, además del particular. Aquel paralítico se curará en el cuerpo porque aquellos hombres tienen la valentía de meterle por el techo; pero también se cura en el alma porque aquellos son hombres de fe. ¡Cuánto podríamos hacer unos por otros con nuestra fe! Claro que para ello hace falta que el enfermo se deje llevar. Pasa muchas veces que quisiéramos que un familiar o amigo, apartado de la religión, se acercara a Jesús. Nada podremos hacer si el enfermo en el alma no se deja llevar. De todas las maneras es necesario insistir y seguir teniendo esa fe y confianza, como tuvieron tantos santos, como tuvo santa Mónica, aun con lágrimas, para con su hijo san Agustín.

A los escribas que estaban allí no les pareció nada bien lo que había dicho Jesús. Esas palabras se podían haber entendido como una declaración de que Dios le perdonaba; pero los fariseos lo entienden como una blasfemia, pensando que Jesús está suplantando al mismo Dios, que es el único que puede perdonar. Jesús en su vida tendría muchas discusiones con los fariseos, porque éstos tenían una religión muy rígida y nada parecida al Dios misericordioso, que no es un ser lejano y solitario, sino que se acerca a nosotros con su bondad, de tal manera que hasta puede delegar ese poder de perdonar en su Iglesia, como se hace en el sacramento de la confesión o reconciliación. Jesús era el mismo Dios que ha venido a derramar sus misericordias. Allí demuestra poseer ese poder curando a aquel paralítico.

En la vida encontramos muchos paralíticos espirituales: Ellos no son capaces por sus fuerzas de acudir a Dios, quizá por la vergüenza o por ignorancia. Necesitan personas de fe que les dirijan hacia algún encuentro que les anime o que les dé luz en el espíritu. No hace falta tener mucha instrucción. Hace falta tener fe y confianza en la gracia de Dios, porque todos pertenecemos a un mismo “cuerpo místico” donde Cristo es la cabeza y es la verdad y la vida.